

cultural, incomprensiblemente demorado. A la vista del trabajo excepcional que Caturelli acaba de ofrecernos, nadie mejor que él mismo para ponerse al frente de esta campaña.

Mario Enrique Sacchi

C. A. J. COADY, *Testimony. A Philosophical Study*. Clarendon Press. Oxford 1992. 12 + 324 páginas. ISBN 0-19-824786-9.

El autor, quien es profesor de la Universidad de Melbourne, acomete en este libro el estudio del testimonio en su más amplia acepción, es decir, como dato o conjunto de datos que atestiguan algo, de modo que, aprovechando una frase de J. L. Austin, puede expresarse que es una «fuente de conocimiento» (p. 3). Pero existe una larga tradición histórica que habría negligido la función del testimonio en orden a la formación de creencias razonables. Pocos pensadores parecen haber escapado a la tentación de caer en ella, uno de los cuales ha sido Hume. No obstante, esta negligencia, a estar de las palabras de Coady, persiste con intensidad en nuestros mismos días. Al menos parcialmente, Santo Tomás, en cambio, habría realzado el valor del testimonio en sus exposiciones sobre la adhesión del hombre a aquellas cosas conocidas por medio de la fe. El autor sindicia al Aquinate como a alguien que ha elaborado una «interesting and subtle theory» donde se compaginarían tanto la importancia de los datos testimoniales, llegados a nosotros para nuestro asentimiento o nuestro rechazo, cuanto la jerarquía de los *principia per se nota* al modo de puntos de partida de las construcciones sistemáticas del saber científico (pp. 16-17). Pero esta actitud, igual que la anterior de los filósofos griegos y la propia de San Agustín, implicaría que entre los principios evidentes y los testimonios se daría una suerte de tensión que afectaría la consistencia del conocimiento obtenible a través de unas u otras fuentes. Siguiendo a Austin, Coady estima que una noción aceptable de testimonio sería aquélla que lo tiene por un *illocutionary act*, o sea, por un acto «que puede ser y normalmente es ejercido bajo ciertas condiciones y con ciertas intenciones como para que podamos pensar naturalmente de la definición como algo que nos suministra las convenciones que gobiernan la existencia del acto de atestiguar» (p. 25). Coady insiste en la magnitud y en la relevancia de los datos testimoniales, al grado tal que el testimonio «no es un procedimiento arcaico restringido a los tribunales judiciales, sino un acto verdaderamente fundamental que nos ocupa varias veces al día» (p. 54). De todas formas, es estacable el esfuerzo del autor en orden a destacar que el testimonio, si no hemos entendido mal su propuesta, debe ser visto esencialmente como una fuente del conocimiento humano, un surtidor de informaciones a partir del cual los hombres pueden elaborar teorías y avanzar en la emisión de enseñanzas en las que se concreta uno de las más valiosos ofrendas al tesoro de la humanidad. La obra se lee con un interés que no decae en ningún momento, a pesar de las reservas que tal vez susciten las actitudes filosóficas personales de quien la ha escrito con particular esmero.

El libro de Coady merece un análisis ulterior que ponga en claro los alcances del testimonio en toda su dimensión gnoseológica. En este sentido, vale la pena recordar que el precedente más destacado al respecto no se encuentra en el ámbito de la filosofía, sino en aquél de la teología sagrada. Quizás el recuerdo del método empleado en los célebres *De locis theologicis libri XII* del dominico Melchor Cano pueda servir como un precioso punto de partida para ese análisis.

Mario Enrique Sacchi